

LA POBREZA EN LAS REPRESENTACIONES SOCIALES DE LOS RECOLECTORES DE CAFÉ EN TORNO A SÍ MISMOS Y A SU ACTIVIDAD*

GLORIA ELSA CASTAÑO ALZATE**

Recibido: 5 de agosto de 2010

Aprobado: 26 de septiembre de 2010

Artículo de Investigación

* Este artículo resulta de la investigación: “Representaciones sociales y simbólicas en torno a la recolección del café y sus protagonistas en una población de recolectores del Eje Cafetero”, realizada entre 2008 y 2009, en municipios de los departamentos de Quindío, Risaralda y Caldas. Fue financiada por la Vicerrectoría de Investigaciones y Posgrados de la Universidad de Caldas.

** Profesora del Departamento de Antropología y Sociología de la Universidad de Caldas. Investigadora del grupo de investigación Comunicación, Cultura y Sociedad (Universidad de Caldas). Antropóloga, estudiante de la Maestría en Sociedades Rurales. E-mail: gloria.castano_a@ucaldas.edu.co

Resumen

En Colombia, como en el grueso de los países pobres, el desarrollo de vida en el campo siempre está asociado a condiciones extremas de miseria. Aun cuando una buena parte de la explotación actual del espacio rural se produce a partir de la penetración del capital industrial y financiero, quienes tradicionalmente han derivado su sustento de las actividades en este territorio, ya como propietarios, ya como proveedores de la mano de obra requerida, han estado indefectiblemente ligados a la carencia.

Los recolectores de café, quienes constituyen el eslabón más importante dentro de la producción del grano no escapan a esta relación, por el contrario, pueden ser quienes actualmente mejor personifican la condición de pobreza rural. Esta situación aparece en las representaciones sociales, configuradas por los recolectores acerca de su ser y de la ocupación que poseen, como un factor responsable directo de su ubicación en la escala social, y lógicamente en la económica.

Las representaciones de los recolectores de café en torno a sí mismos, y a la actividad que realizan, dan cuenta de una ambivalencia respecto a la consideración de la pobreza como un estado permanente o temporal. En ocasiones la presentan como un elemento definitorio de su configuración que de manera constante e inevitable reproducirán desde su ocupación, en otros momentos la asumen como una realidad sobre la cual podrán levantarse y superarla.

Palabras clave: recolección de café, representaciones sociales, trabajo rural, pobreza, recolectores de café.

POVERTY IN THE SOCIAL REPRESENTATIONS OF COFFEE HARVESTERS AROUND THEMSELVES AND THEIR ACTIVITY

Abstract

In Colombia, as in most of the poor countries, the development of countryside lifestyle has always been associated with extreme poverty conditions. Although the major part of the current exploitation of rural areas occurs from the penetration of industrial and financial capital, those who have traditionally derived their sustenance from activities in this area either as owners or as suppliers of required labor have been invariably linked to shortage.

The coffee harvesters, who constitute the most important link in the production of grain, do not escape to this relationship; on the contrary, they could be the ones who presently best embody the condition of rural poverty. This situation appears in the social representations set by collectors about their being and the occupation they have, as a factor directly responsible for their location in the social scale and, of course, in the economic scale.

Representations of the coffee harvesters around themselves and around the role they have, account for the ambivalence regarding the consideration of poverty as a permanent or temporary state. Sometimes it is presented as a defining element of their configuration that, in a constant and inevitable manner they will reproduce from their occupation; some other times, they assume it as a reality which they will be able to rise and overcome.

Key words: coffee harvesting, social representations, rural employment, poverty, coffee harvesters.

“Una sociedad se halla profundamente enferma cuando el campesino trabaja la tierra con el pensamiento de que si es campesino es debido a que no ha sido lo suficientemente inteligente para ser otra cosa”
(Simone Weil).

Introducción

Cuando se hace investigación en un contexto pobre se conoce de la pobreza, aun cuando ésta no intervenga de manera directa en la configuración del objeto de estudio. El presente artículo deriva de una investigación realizada en relación con los recolectores de café, para conocer las representaciones construidas respecto a su condición y a la actividad que realizan. Aunque la investigación no tuvo un interés específico por conocer lo que los sujetos entendían por pobreza o cómo la percibían y tampoco buscaba reconocer los parámetros que, en el contexto de la producción de café, la delimitan, ni mucho menos ocuparse de las políticas que se han desarrollado para superarla, saber de ella fue posible a través de las representaciones que en torno a sí mismos y a la actividad que realizan han configurado los recolectores de café.

El escrito se desarrollará principalmente alrededor de lo que tiene que ver con las representaciones sociales de los recolectores de café. Se expondrán los antecedentes de las investigaciones relacionadas con esta población, el

contexto de estudio, la teoría de las representaciones sociales que orientó la investigación y finalmente los resultados, en relación con lo representado por los recolectores respecto a su ser y a su ocupación. En este último punto, se abordará la vinculación realizada por los cosecheros del grano entre su ocupación y la condición de pobreza.

En Colombia la economía ha tenido durante muchos años en el café uno de sus principales pilares, sin embargo, su impacto no ha sido sólo en esta esfera. Para Junguito & Pizano (1991: 25) el café ha estado vinculado al progreso de:

“[...] otros sectores y otras variables claves del desarrollo nacional, como fue su interrelación con el transporte interno, su vínculo con el empleo y la situación social, su relación con las finanzas públicas, su impacto en el desarrollo industrial y en la conformación del mercado interno, su incidencia en el desarrollo institucional y aún sus vínculos con la política nacional”.

Es posible plantear que, después de lo económico, es en el campo de lo social donde el café ha contribuido de manera más destacada. Según Palacios:

“[...] La tierra se valoriza, los caminos destrozados por los inviernos y por las manadas de ganado hieren más profundamente la cordillera y los pueblos de intermediarios, sede de tenderos, caciques, negociantes en ganado, mercancías del país y productos agrícolas de tierra fría, templada o caliente prosperan con el café” (1979: 83).

En el ámbito de lo social, uno de los mayores aportes del cultivo ha sido su gran participación en la demanda de mano de obra, la que requiere de manera constante para el sostenimiento general del cultivo pero principalmente para la recolección de la cosecha, actividad fundamental en la producción del grano.

Para la recolección de la cosecha, desde sus albores en las haciendas, el café ha dependido mayoritariamente de la mano de obra libre. Si bien, para su explotación las haciendas se valieron de arrendatarios que gozaban de una estadía permanente en ellas, en lo referente al café:

“la gran propiedad cafetera recurría a **jornaleros** o (más gráficamente) **voluntarios** quienes vendían libremente su trabajo a los grandes capitalistas cafeteros. Tales obreros eran contratados temporalmente en los períodos de mayor demanda de mano

de obra. [...] Alojados en toscas barracas y alimentados como parte de su salario, los voluntarios recibían usualmente pago a destajo según la cantidad de **cuartillas** (cajas de madera en que cabían alrededor de 50 libras de café maduro) que recogieran”¹ (Bergquist, 1988: 371).

A razón de las condiciones topográficas de las regiones cafeteras del país, que han dificultado la mecanización de la recolección, todavía hoy, durante la época de cosecha las haciendas cafeteras siguen supeditadas a una mano de obra que remuneran a destajo bajo condiciones que exigüamente posibilitan su reproducción.

Pese a la importancia del café en la economía del país y a la trascendencia del recolector para la producción del cultivo, la población dedicada a esta actividad está conformada por sujetos pobres que derivan de manera temporal un salario para suplir unas necesidades permanentes, y que, en la posición de andariegos se ven obligados a soportar condiciones antihumanas de alojamiento, con alimentación muchas veces inadecuada y un ambiente de total despreocupación por los mínimos de su bienestar.

La investigación sobre los recolectores la animaron dos propósitos. De un lado, una preocupación académica por acercar nuevamente la antropología colombiana al estudio de lo rural, en este caso al tema específico del trabajo rural, del cual, en virtud de estar abordando nuevos objetos de estudio, urbanos principalmente, y probablemente como resultado de las posturas de algunos sectores de la disciplina en relación con la desaparición del campesinado, se ha ocupado poco en el contexto nacional.

De otra parte, un interés personal por visibilizar, revalorizar la población que se dedica a la recolección del café, por años desvalorizada, relegada, invisibilizada a pesar de cumplir con una labor agrícola que le ha dado al país grandes reconocimientos, al tiempo que la ubica todos los días en la vida de un gran número de individuos, pero que a pesar de ello ha tenido muy poco agradecimiento social y por el contrario representa un gran renglón de la población más pobre entre los pobres rurales, los asalariados agrícolas.

Se busca lograr estos propósitos a partir de considerar que los procesos de lectura y construcción de la realidad efectuados por los sujetos son un objeto legítimo de investigación social, y, asumiendo que a razón del posicionamiento de la producción de café en la economía colombiana, el conocimiento en torno a la fuerza de trabajo migratoria ligada a su cosecha comporta una gran importancia económica y social. Se realiza un acercamiento a las

¹ Las negritas son del original.

representaciones construidas por los recolectores derivadas de su rol, sus valoraciones y sus características.

El auscultamiento de las interpretaciones, hechas por los sujetos que se desempeñan como recolectores de café, en torno a su condición y a la actividad que realizan resulta de interés académico, social y productivo. En las representaciones construidas por los recolectores, la pobreza aparece como un fenómeno relacionado directamente con su posición social y con su desempeño laboral.

Antecedentes

La pobreza de los recolectores de café no está vinculada sólo a su condición económica. En relación con ellos, los acercamientos académicos con fines de presentarlos en su condición de sujetos sociales y culturales tampoco han sido opulentos.

Los estudios que se han hecho en relación a la población que se desempeña en la recolección del café, han sido enfocados, principalmente, a abordarlos en su papel productivo, esto es, como un instrumento más dentro del proceso de producción del grano. Los acercamientos investigativos a esta población han tenido como objetivos principales conocer los aspectos que tienen que ver con la técnica con la cual realizan su actividad, examinar la eficiencia con la que la ejecutan y la calidad de la misma, así como medir su desempeño utilizando las diferentes herramientas técnicas que para la recolección se han desarrollado, especialmente desde el Centro Nacional de Investigaciones del Café –CENICAFÉ².

Las investigaciones donde los recolectores sean el centro de interés, asumidos especialmente desde sus características sociales, culturales o económicas no son tan numerosas, de hecho, para el contexto, es posible hablar sólo de las realizadas por Ramírez (1983), Tobasura & Restrepo (1991), Tobasura (1994) y Duque, Restrepo & Velásquez (2000).

En 1983 Ramírez centró su análisis en *“las características principales de los andariegos y de las dinámicas sociales más importantes que se encontraban en juego”*

² A manera de ilustración pueden citarse títulos como: “Estudios de tiempos y movimientos para el manejo de la cosecha manual del café”, de Juan Carlos Vélez y otros, en el año 1999. “Productividad de la mano de obra en la cosecha de café en cuatro municipios de la región cafetera central de Caldas”, realizada por Hernando Duque y Carmen Dussán en 2004. “Desarrollo de una herramienta manual para asistir la recolección de café en Colombia”, de Diego Londoño y Carlos Oliveros en 2002. Y “Estudios de sistemas no selectivos para la recolección manual del café”, de Juliana Wallis y otros en 2002. Estos, entre muchos otros realizados en su mayoría por CENICAFÉ.

(Ramírez, 1983: 110), investigación de la cual concluyó que: *“La movilidad, la estacionalidad y la inestabilidad, son la expresión de la relación existente entre la transformación de los procesos de trabajo y la influencia sobre las condiciones de vida y reproducción de los andariegos Ibid.: 113”*, también *“que el uso que hace el capital de esta fuerza de trabajo, implica para los andariegos un fuerte desgaste físico y un deterioro, hasta su agotamiento [...]”* (Ibid.).

Por su parte las investigaciones realizadas por Tobasura & Restrepo, se enfocaron a determinar las características socio-económicas y las condiciones laborales de los recolectores temporales de café, así como a identificar los problemas sociales, culturales y económicos que éstos deben enfrentar durante la cosecha. Frente a este interés, en sus conclusiones plantearon, entre otras, que *“las motivaciones por las cuales el trabajador se desplaza son, en términos generales, las de carácter económico y se resumen en la búsqueda de oportunidades de trabajo”* (Tobasura & Restrepo, 1991: 35), así como que los problemas en lo social que más enfrenta el recolector durante la cosecha son *“la drogadicción, el robo entre compañeros, las riñas y peleas y el mal trato recibido de administradores y patronos”* (Ibid.). En lo laboral *“la inestabilidad, la adulteración en las básculas, la mala alimentación y las condiciones pésimas de los cuarteles (dormitorios)”* (Ibid.).

En su estudio Duque, Restrepo & Velásquez se interesan por *“conocer aspectos tales como caracterización socioeconómica de los recolectores de café, determinar la productividad de la mano de obra en la recolección, identificar las variables que más inciden en dicha productividad, conocer la disponibilidad de retorno de dicha mano de obra para la próxima cosecha [...]”* (2000: 2). En relación a la caracterización socioeconómica de los recolectores concluyen que:

“el mayor porcentaje de edad de los recolectores estuvo entre 20 y 30 años; mientras que el menor correspondió a aquellos mayores de 50 años. En su mayoría los recolectores tienen pocas razones para estar arraigados a sus zonas de origen: son solteros, sin personas a cargo, no poseen fincas cafeteras ni familiares cafeteros. Esto favorece su movilidad a través de las zonas cafeteras del país. La mayoría ha tenido algún grado de educación y es alfabeta” (Ibid.: 34).

Sobre pesquisas relacionadas con las representaciones sociales configuradas por los recolectores de café no se encontraron antecedentes, ni sobre su propia condición, su labor u otro tema que les fuera directamente relacionado.

Contextos del trabajo de campo

En el contexto de la investigación antropológica, se plantea que:

“el campo de una investigación es su referente empírico, la porción de lo real que se desea conocer, el mundo natural y social en el cual se desenvuelven los grupos humanos que lo construyen. Se compone, en principio, de todo aquello con lo que se relaciona el investigador; pues el campo es una cierta conjunción entre un ámbito físico, actores y actividades” (Guber, 2004: 83).

En este sentido, el campo de la investigación, en su aspecto social, lo configuró el conjunto de representaciones acerca de su propia condición y la actividad en que se emplean, de un grupo de recolectores “andariegos” de café. La muestra de la investigación la conformó un grupo de 180 recolectores hombres entre 18 y 68 años de edad, provenientes principalmente de municipios de Boyacá, Tolima y Cauca y de las regiones del Eje Cafetero. En su mayoría solteros, quienes tenían hijos los poseían por fuera del matrimonio o de una relación estable. En relación al nivel educativo contaban con un promedio de 5 años de educación básica.

En cuanto al espacio físico de la investigación lo constituyeron los cafetales, los “campamentos” (casas alimentadoras ubicadas dentro de la finca, ocupadas generalmente por la familia del *patrón de corte* o encargado de reclutar los recolectores requeridos semanalmente) y los “cuarteles” (cuartos donde los recolectores duermen) de fincas cafeteras de más de 20 hectáreas cultivadas en café donde los recolectores se desempeñan como tales. Además, cantinas, heladerías y cafeterías, de las plazas de mercado de municipios en los departamentos de Quindío, Risaralda y Caldas, donde los recolectores, en prácticas tanto o más rituales que la misma recolección ocupan su tiempo de descanso de fin de semana.

La construcción social de la realidad

En las ciencias sociales se ha vuelto lugar común el planteamiento en torno a que la realidad se construye socialmente. Este planteamiento se vincula a que aun cuando son los sujetos los que se ven relacionados con objetos, fenómenos, situaciones así como con otros sujetos, la forma específica de actuar ante ellos y las lecturas que orientan estos comportamientos se derivan en gran parte de los lineamientos que el colectivo o el grupo social de adscripción les ha entregado.

Lo que cada sujeto entiende como realidad vehicula la información que le ha sido inculcada en forma de valores, creencias, normas e ideas por la sociedad en la que está inscrito. Esta información, movilizada, reactualizada y enriquecida en cada experiencia nueva del sujeto lo habilita para actuar frente a ella y al mismo tiempo va acumulándose para orientar las acciones en el futuro, no sólo las suyas sino las de todos los miembros del grupo.

Según esta perspectiva, no existe un mundo “real” o “verdadero”, cada sujeto, desde los marcos colectivos con que cuenta lo construye, configurándose éste en social a medida que en su constitución intervienen las experiencias compartidas con otros sujetos, configuradas en interacción como relaciones sociales.

Berger & Luckmann (1991) plantean que la vida cotidiana se conforma como la realidad interpretada por los hombres, realidad que posee, para quien la representa, el significado subjetivo de un mundo coherente. Para dar cuenta de la intersubjetividad vinculada en la construcción de la realidad exponen:

“La realidad de la vida cotidiana se me presenta además como un mundo intersubjetivo, un mundo que comparto con otros. Esta intersubjetividad establece una señalada diferencia entre la vida cotidiana y otras realidades de las que tengo conciencia. Estoy solo en el mundo de mis sueños, pero sé que el mundo de la vida cotidiana es tan real para los otros como lo es para mí. En la realidad, no puedo existir en la vida cotidiana sin interactuar y comunicarme continuamente con otros. Sé que mi actitud natural para con este mundo corresponde a la actitud natural de otros, que también ellos aceptan las objetivaciones por las cuales este mundo se ordena, que también ellos organizan este mundo en torno de ‘aquí y ahora’ de su estar en él y se proponen actuar en él” (Berger & Luckmann, 1991: 40-41).

El mundo deviene significativo en tanto se opera sobre él una interpretación, un proceso de “familiarización” que lo haga comprensible. Pero esta comprensión, esta significación del mundo, así como la consecuente posibilidad de actuar en él, parten de la interacción con otros sujetos. Los procesos interactivos dotan a los sujetos de los elementos para constituir las representaciones que en su mundo operan como orientadoras de la acción.

El conocimiento en torno a los recolectores de café entraña un acercamiento a sus representaciones, a las lecturas de la realidad, a las interpretaciones respecto a su práctica laboral y a su configuración como sujetos en torno a ésta. Conjunto de significaciones formado a la luz de las subjetividades puestas en

acción, y que, a partir de su permanente producción y reproducción permiten examinar los modos de actuar, en el contexto de su actividad y por fuera de ella, que tienen impacto en el mundo material.

Representaciones sociales

A los sujetos, los elementos objetivos de su entorno, aun cuando existen por fuera de éstos, los determinan más por el significado que ellos mismos les adjudican y por la manera como los aprehenden que por su propia existencia. Este proceso de significación deriva de la aclaración del sentido de los objetos, que los sujetos pueden lograr, esto es de su interpretación.

Estas *traducciones*, que configuran las representaciones de los sujetos sobre su mundo, se conforman sociales en tanto cumplen la función de favorecer la interacción de los sujetos, además de que se originan en marcos compartidos o matrices culturales, desde los que los sujetos orientan sus acciones.

Las interpretaciones de los sujetos han sido definidas, precisamente desde su conceptualización como representaciones sociales, desde la perspectiva de la vertiente procesual o cualitativa expuesta por Jodelet (1986: 473) como:

“la manera en que nosotros sujetos sociales, aprehendemos los acontecimientos de la vida diaria, las características de nuestro medio ambiente, las informaciones que en él circulan, a las personas de nuestro entorno próximo o lejano. En pocas palabras el conocimiento ‘espontáneo’, ingenuo [...] que habitualmente se denomina conocimiento de sentido común o bien pensamiento natural por oposición al pensamiento científico. Este conocimiento se constituye a partir de nuestras experiencias, pero también de las informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social. De este modo, ese conocimiento es en muchos aspectos un **conocimiento socialmente elaborado y compartido**. Bajo sus múltiples aspectos intenta dominar esencialmente nuestro entorno, comprender y explicar los hechos e ideas que pueblan nuestro universo de vida o que surgen en él, actuar sobre y con otras personas, situarnos respecto a ellas, responder a las preguntas que nos plantea el mundo, saber lo que significan los descubrimientos de la ciencia y el devenir histórico para la conducta de nuestra vida, etc.”³

³ El resaltado es del original.

La vertiente procesual de las representaciones sociales, diferente de la estructural, “[...] pone su atención en el examen de la actividad de reinterpretación continua que emerge del proceso de elaboración de las representaciones, y considera el espacio de interacción como su objeto de estudio. [...] el proceso de elaboración está en el devenir social más que en los mecanismos cognitivos” (Vergara, 2008: 63). Un elemento de identidad de este enfoque radica en:

“[...] considerar que, para acceder al conocimiento de las representaciones sociales, se debe partir de un abordaje hermenéutico, entendiendo al ser humano como productor de sentidos, y focalizándose en el análisis de las producciones simbólicas, de los significados y del lenguaje a través de los cuales los seres humanos construimos el mundo” (*Ibid.*).

Como conocimiento común desde el cual los sujetos se orientan en el mundo y deciden sus acciones en él, las representaciones sociales son el resultado de las múltiples experiencias cotidianas vividas, leídas y construidas desde trayectorias diferentes y específicas. Su estudio configura el puente que hace posible conocer los criterios de normalidad construidos por los sujetos a partir de los cuales naturalizan sus comportamientos.

Más allá de la discusión acerca de si el conocimiento común es o no un saber verdadero, parece claro que para los sujetos, este saber, cuyo método consiste sólo en la negociación entre los marcos de actuación individual y el patrón social, es el principal determinante de su ser y su estar dentro del sistema social. Así, como que, este saber lo configuran en su actuar cotidiano, desde los acontecimientos que marcan su trasegar diario.

En este sentido la investigación de las representaciones sociales de los recolectores de café sobre su mismidad y sobre la actividad que realizan, tuvo como base el enfoque del conocimiento espontáneo de estos sujetos, construido y compartido socialmente y configurado en sistemas significativos en torno a percepciones, valores y creencias, moldeado en el cafetal, bajo la lluvia y el sol, en los cuarteles con olor a moho y a sudor, entre gritos, órdenes y amenazas de los “patrones”, desde los cuales interpretan la realidad diaria y orientan su accionar en ella.

Los mecanismos de *objetivación* y *anclaje*, movilizados en la dinámica de las representaciones sociales (Araya, 2002) son materializados en el contexto de la recolección de café a través de la naturalización hecha por los recolectores de su posición social y económica. En cuanto a la *objetivación*, la constante exposición de los recolectores a las relaciones de producción que deprecian

el trabajo manual a favor del capital, ha llevado a materializar la actividad de la recolección, de por sí, despojada de reconocimiento, en una ocupación desvalorizada y vinculada a las carencias de capital, principal pero no exclusivamente. La recolección de café, como actividad mediante la cual el hombre transforma la naturaleza y posiciona su condición como ser humano, se transforma de concepto enaltecedor de la dignidad humana en actividad desvirtuante de la misma.

Así representada la recolección de café, es incorporada por los recolectores, la apropian como verdad y una vez realizado, desde este marco, su *anclaje* funciona para estos como referente en la interpretación y la justificación de lo que son y lo que pueden llegar a ser.

Como toda la información derivada de las interpretaciones hechas sobre su entorno, sus interacciones y vinculaciones con el mundo, las significaciones hechas en torno a la recolección de café y de su propia configuración a partir de ella, es internalizada e instalada por los recolectores como un conjunto de *supradatos*, es decir, un repertorio informativo que funciona como sistema de referencia al que acuden para responder a situaciones, objetos, fenómenos o personas a las que deben enfrentar en el contexto de las relaciones de producción.

Del repertorio de lo representado, en el contexto de su desempeño laboral, seleccionan los elementos pertinentes a las acciones que como recolectores de café deben enfrentar, igualmente, desde la particularidad de la situación reelaboran la situación y acopian datos nuevos a ser revisados y utilizados en acciones futuras.

Representando la labor

La ubicación particular de los recolectores de café dentro de una estructura social, resultado de los procesos representativos de su mundo, ha proporcionado los elementos que intervienen en su experiencia específica en relación con los objetos de representación. Entender el funcionamiento de su proceso representacional obliga a contextualizar la actividad que realizan.

Si bien, desde los inicios de producción del grano en Colombia a estos días son muchos los desarrollos tecnológicos y los mejoramientos genéticos que se han operado, tanto en el cultivo como en la planta misma, la recolección del grano no ha sufrido modificaciones importantes.

La actividad es un trabajo manual que consiste en ir avanzando, entre los surcos del cultivo, desprendiendo del árbol los granos rojos o amarillos, según el tipo de planta o la variedad cultivada, y depositándolos en un recipiente de plástico, conocido como “coco”, en el que es posible recolectar hasta doce kilos del fruto, que los recolectores llevan amarrado a la cintura por un cincho plástico o de cabuya. Es una labor, objetivamente difícil, que en Colombia se realiza principalmente en topografías muy adversas a la biología humana y para la cual toda condición climática resulta desfavorable.

Durante muchos años en Colombia, la recolección de café no ameritó conocimientos o cuidados especiales, sin embargo, con la llegada al país de plagas como la broca se hizo necesario introducir una rigurosidad en la cosecha de los granos maduros que llevaron a requerir una técnica y un preparación específica para esta actividad. Además, la introducción de producción de cafés especiales y de venta directa con prueba de taza especializaron mucho más la ocupación.

En términos laborales la actividad se desarrolla en un contexto de flexibilidad, entendida como el proceso mediante el cual la fuerza de trabajo es “*fácilmente sustituible y movilizable dadas sus características de calificación*” (Lara, 2001: 23), contexto éste que posibilita la evasión, de parte de los propietarios de las fincas de una relación laboral de largo alcance con los trabajadores a su servicio, pues éstos son reclutados por los *patrones de corte* para un período cuya duración depende mayoritariamente de un desempeño satisfactorio. Este tiempo generalmente oscila entre una semana y cinco, en su máxima expresión, lo que obliga a los recolectores a desplegar una gran movilización física entre las regiones cafeteras, y en algunos casos también una movilidad laboral.

La consecución de mano de obra para la recolección de café, vía patrón de corte al servicio de las fincas, está empezando a ser sustituida por la contratación, por parte de los grandes productores de café, de un intermediario que provea la fuerza de trabajo requerida, con lo cual las haciendas “*externalizan la función de reclutamiento y pago de la fuerza de trabajo asalariada*” (Gómez & Klein, 1993: 7). Esta es una forma de contratación en la que se produce un “*distanciamiento social entre los actores de la relación contractual dispersando las responsabilidades*” (Feder, 1980: 24), pero sobretodo pauperizando a los trabajadores agrícolas expuestos a ganarse la vida en estas condiciones.

El desempeño en la recolección de café ha generado un tipo de relación laboral muy particular, si bien es un trabajo eventual, en la práctica suele configurarse de alguna manera en permanente, toda vez que hay recolectores que llevan más de diez años visitando las mismas fincas durante la cosecha

y la travesía⁴ y manteniéndose en ellas durante el tiempo de su duración, aproximadamente ocho a diez semanas en cosecha, y cuatro semanas en travesía.

Aun cuando formalmente la permanencia de un recolector por más de cinco semanas en la misma finca no es aceptada por los propietarios, debido a las responsabilidades contractuales que esto acarrea, la situación se presenta recurrentemente, ya que, como se mencionó, son los *patrones de corte* los que se entienden directamente con los trabajadores, y los beneficiados con una larga permanencia de recolectores de quienes ya conocen la calidad de su trabajo y la *clase de personas* que son. Durante el tiempo de la investigación se conocieron recolectores que llevan hasta dos años en la misma hacienda con un día o dos de desvinculación de la finca entre cada mes y medio.

Este tipo de relación contractual y la condición temporal del trabajo, aun cuando lleva a que los recolectores tengan unas condiciones laborales precarias en las que no poseen la más elemental seguridad social, y que les niega toda posibilidad de alcanzar una jubilación, no es evidenciada por ellos como dificultad, por el contrario la asocian a una cualidad de su trabajo que les otorga una gran *libertad*, a diferencia de la sujeción a la que someten otros tipos de trabajo u otras modalidades contractuales. Además para ellos, en las actuales condiciones de pobreza y desempleo del país, ya es una “bendición” tener en que “ganarse unos pesos”.

En el caso de los recolectores de café, en las representaciones sobre su actividad, el mecanismo de *objetivación* se da, paradójicamente, transfigurando su propia condición de recolectores en la condición del otro que es como ellos pero no son ellos. La presentación de lo que es, “tal cual es”, un recolector de café está referida a características poseídas por otros sujetos que se dedican a esta actividad. La pregunta en torno a qué es la recolección de café no incita en el recolector una reflexión en torno a que ésta sea una fuente referencial de su propia identidad.

“Un recolector de café es una persona que se dedica a coger los granos de café en la cosecha o cuando ya están maduros, a eso es lo que se dedican porque lo aprendieron de sus papás o porque les tocó, y son muy desorganizados, casi toda la plata se les va en trago y con las mujeres en las cantinas, es como que no les importa el futuro” (Recolector de 35 años, 17 en la recolección, julio de 2009).

⁴ Cosecha de menor proporción que se presenta entre las principales, en algunas regiones también se le conoce como mitaca.

En la representación de la actividad, el permanente desplazamiento al que los obliga la temporalidad de la misma y la inestabilidad laboral que la caracteriza, se configura para estos trabajadores agrícolas en su capacidad de acción, como trabajadores *libres* tienen la posibilidad de vender su trabajo al *mejor postor* durante el tiempo que lo deseen.

A razón de ser una actividad que se realiza de manera independiente, esto es donde la responsabilidad depende totalmente del individuo, en su representación las relaciones sociales no gozan de un valor significativo. Por el contrario, se considera que lo mejor es no establecer muchas “migas” pues en los lugares de trabajo se está por muy poco tiempo y las “*amistades dificultan las partidas*”. Sin embargo, se considera que las relaciones temporales a que da lugar la actividad, que no llegan a ser muy comprometidas, deben ser lo más armónicas posible, tanto en el campamento como en el cafetal, pues entienden que en algunos contextos lo contrario podría resultar peligroso e incluso mortal.

El nomadismo no sólo es un elemento principal en las trayectorias vitales de estos recolectores, es un componente importante de la representación de la actividad. La no pertenencia a lugar alguno, y la percepción de no sometimiento al trabajo por un patrón, son presentadas como cualidades distintivas de la recolección que producen, en quienes a ella se dedican, una sensación de libertad. Desde una mirada externa, esta particularidad de la ejecución de la labor presenta dificultades para ser conceptualizada como cualidad, y mucho menos como posibilidad de libertad, en tanto, la recolección impone a sus ejecutantes extensas jornadas de trabajo que les impide cualquier otra expresión de su ser. Entran a trabajar a las seis de la mañana, descansan media hora mientras toman el desayuno, tiempo que puede ser menor en tanto su paga depende de lo recolectado y no desean perder un minuto para desprender granos de los árboles. A las doce del día toman el almuerzo y retornan al cafetal a las doce treinta hasta aproximadamente las cuatro o cuatro treinta, hora en la que se desplazan a hacer pesar el café recolectado. Para algunos la jornada puede extenderse hasta las cinco, incentivados por la posibilidad de recoger otro poco de granos y con ello elevar su “salario”. Adicionalmente, deben plegarse a las orientaciones que para la ejecución de la tarea permanentemente les señala el *patrón de corte*, especificaciones que de no cumplir les vale el despido de las haciendas.

Desde el estricto sentido con el que los recolectores entienden el trabajo, la recolección de café, para muchos, no lo representa. Para ellos el concepto trabajo refiere una actividad para la cual se requiere una experiencia específica, se realiza en espacios confinados o al menos muy bien delimitados,

bajo las órdenes generalmente de propietarios de empresas, o de encargados que poseen mucho poder, en unos horarios específicos de obligatorio cumplimiento y que generalmente no satisface a la gente. Consideran además que un trabajo proporciona ganancias adicionales al salario, prestaciones sociales, cuidados a la salud, servicios a la familia, entre otros, que favorecen el bienestar de las personas.

La idea de trabajo en los recolectores vincula además un conjunto de relaciones, por fuera del espacio propio de su realización, entre las personas que laboran juntas. Estas relaciones no se producen en la recolección de café, aunque muchas veces se tiene oportunidad de volverse a encontrar con los compañeros casi siempre esos encuentros se dan en las fincas, no por fuera de ellas.

“En una finca uno conoce gente y hace amistad con ella, pero dura sólo el tiempo que uno está en esa finca, es muy raro que uno se ponga en mucha amistad con los compañeros como salir a beber con ellos o así, no. Bueno aunque sí hay parceros que les gusta mantener como de a tres o cuatro y se mueven juntos por las fincas o se dicen dónde hay trabajo pero no es lo que hacen todos, pasa muy poquito, de resto uno mantiene solo o se encuentra de casualidad los fines de semana con manes que uno conoció en otras fincas y entonces se toma una cerveza y charla un rato no más” (Recolector de 32 años, 17 en la recolección, junio de 2009).

Tampoco se goza, en la recolección, de beneficios económicos diferentes al pago por lo cosechado. Los recolectores carecen de vinculación a empresas promotoras de salud y tampoco comparten corresponsabilidad con sus *patrones* en el pago de aportes para pensión.

Aunque la consideran un trabajo en la medida en que mediante ella obtienen los recursos para su sostenimiento, al no responder a un conjunto de requisitos, ya expuestos, propios del trabajo, la recolección de café no figura como tal para los recolectores. Más bien, esta actividad, más allá del tiempo que lleven en ella, la entienden como un oficio, temporal para algunos, por el cual reciben una paga pero en el que no se crea ningún lazo laboral y por lo tanto no ofrece facilidades para superar la miseria económica. Se representa como el destino que les toca asumir por no haber estudiado, ya por imposibilidad económica ya por desinterés personal, o porque no nacieron con riqueza.

En la representación del recolector la situación en la que viven es incomprensible, de un lado los propietarios de las fincas perciben una cantidad

significativa de dinero por la venta del café, el cual para ser comercializado necesita ser recolectado, mientras que quienes lo hacen y con ello posibilitan las ganancias de los cafeteros apenas sí reciben para un tinto.

Reconocen que la actividad definitivamente está relacionada con la pobreza y que algunos además la identifican también con la delincuencia. Respecto a lo primero, tienen claro que sólo los pobres están dispuestos a trabajar en la actividad y no tanto los pobres sino los pobres muy pobres, aclarando que la categoría se refiere a la condición económica. Frente a lo segundo, creen que son muy pocos los delincuentes que se dedican a ella aunque *“que los hay los hay”* y por eso a veces resulta peligrosa porque *“en este contexto uno no sabe con quién se está metiendo”*.

Como actividad, la presentan como una posibilidad digna para responder a la necesidad que se impone a todo ser humano de sobrevivir. La representan como un instrumento con el que buscan mantenerse y obtener lo necesario para satisfacer las necesidades. La perciben como una labor dura pero simple. Dejan ver que la consideran fácil de realizar y que es el contexto o las condiciones de clima, geografía, relaciones laborales y de hospedaje en que debe realizarse lo que la hacen difícil.

Sin embargo, a pesar de posibilitar la supervivencia no es sentida realmente como una oportunidad de desarrollo personal o de satisfacción individual. Muy pocos exponen una representación esencialista de la actividad, aunque se le vincula con unos grados de autonomía, libertad y disfrute, este último principalmente por la relación directa con la naturaleza, que se las presenta como muy satisfactoria.

Auto-representación

Aunque muchos recolectores de café se desempeñan en la actividad de manera fija en relación a su lugar de origen, los de la investigación son principalmente recolectores que van tras las cosechas del grano en el país. De tal forma que son primordialmente jornaleros agrícolas migratorios, esto es, trabajadores que cubren las necesidades de mano de obra dentro de un cultivo, el café en este caso, en épocas de cosecha y con tareas muy específicas, la recolección del grano, dentro del ciclo del mismo. Esto lo hacen en las diferentes regiones cafeteras del país a medida que las cosechas, bien de café bien de otros cultivos, se van presentando. Esta última característica ha dado origen al concepto de *“andariegos”* con el que también se les denomina.

Durante las épocas de cosecha los recolectores recogen el grano de campo en campo, de finca en finca, de “cuartel” en “cuartel” en regiones de las que no son oriundos. Configuran un grupo de población heterogéneo y variado tanto en lo social, como en lo económico y lo cultural. Entre ellos es factible encontrar desde trabajadores agrícolas que no poseen tierra hasta pequeños campesinos que perdieron sus tierras y se ven en la obligación de vender su mano de obra. Aunque estos últimos son escasos entre los andariegos, la actividad incluye también “expertos” en otros oficios, básicamente de la ciudad, que de manera transitoria, principalmente durante la cosecha, se ubican en ella.

La heterogeneidad de la numerosa población que en Colombia año tras año se ocupa en esta actividad, bien como trabajo permanente bien como tarea esporádica o de “escampe” mientras se ubica en otro sector o se capitaliza para desempeñarse en ocupaciones diferentes (vendedores ambulantes de ropa, mercancía variada o frutas y verduras, pintores de “brocha gorda”, entre otros), sumada a la movilidad espacial obligada por las condiciones laborales en las que se realiza la labor, así como por la diferencia de los tiempos de cosecha en las diversas regiones cafeteras del país, ha tornado difícil realizar una caracterización o tipologización de los recolectores.

Desde las informaciones provistas por los sujetos de la investigación, se ha realizado una caracterización⁵ de los actores, contemplando, por ahora, sólo el aspecto relacionado con las razones y las expectativas dentro del oficio. Los tipos de recolectores pueden reunirse en cinco grupos básicos así:

1. **Recolectores de oficio:** son los sujetos que a sí mismos se presentan como especialistas o “profesionales” de la recolección del café. La disposición para recoger el grano ha sido “herencia” de su familia, principalmente padre o abuelo. Son recolectores que llevan más de diez años desempeñándose sólo en esta actividad, por ello la consideran como una profesión y no se imaginan haciendo algo diferente. A pesar de ser conscientes de lo difícil que actualmente es ocuparse en ella, y de saberla estigmatizada socialmente, piensan que es lo único que pueden hacer.

El grupo que desde esta perspectiva se desempeña en la labor, valida el pensamiento en relación a que el café hace parte de los elementos que participan en la negociación cotidiana de su identidad.

⁵ Tratándose de una caracterización ideal derivada de verificaciones prácticas, está sujeta a variaciones y diferencias en relación a las poblaciones de recolectores que se aborden, al tipo de caficultura en la que se desempeñen y de las variables que se elijan para su creación.

2. Recolectores neófitos: alude a los sujetos que no tienen mucho tiempo en la actividad, que en ella han encontrado una manera de derivar el sustento diario. Aunque actualmente fungen como recolectores se han desempeñado en otras actividades, también rurales, como las pecuarias, o en la ciudad como las de construcción. Están dispuestos a ocuparse en lo que les resulte y, de hecho, lo hacen en el tiempo en que no hay cosecha o la demanda de mano de obra para la recolección es poca.

3. Recolectores circunstanciales: son sujetos que llegaron a la recolección visualizándola como una manera de capitalizarse para seguir haciendo negocios o trabajando en diferentes actividades en la ciudad. La han realizado unas pocas veces cuando se han agotado sus recursos económicos hasta el punto de no poder reproducir su actividad corriente, esto es una, dos y hasta tres veces en sus vidas. Consideran la recolección como una tarea demasiado ardua cuya remuneración no compensa las exigencias que requiere, les aburre y la miran como un “escampadero” mientras vuelven a lo “suyo”. Admiran por lo tanto a quienes se ocupan permanentemente en la actividad.

4. Recolectores por estrategia: son generalmente personas solas, que no tienen familia o compromisos y que ven en la recolección de café una estrategia estacional de asegurar su subsistencia, un oficio que no les exige mayores conocimientos o preparación y les provee fácilmente alimentación y hospedaje. Representa para ellos una posibilidad como cualquiera otra de obtener recursos para mantenerse.

5. Recolectores camuflados: si bien la necesidad de esconderse no es la razón más frecuente para ocuparse en la recolección, funge como la explicación de algunos de los sujetos que la realizan. En tanto es una labor para la cual no se exigen documentos o presentaciones específicas, y es auto proveedora de alimentación y pernoctada, se configura para algunos sujetos como el contexto perfecto para “desaparecer” de los escenarios de desempeño consuetudinario donde a razón de problemas con la justicia o con particulares no pueden desenvolverse.

Dentro de la población que ejerce la actividad en estas circunstancias las características son muy variadas, se encuentran desde sujetos con una formación académica que supera la media de la de los recolectores hasta sujetos sin ninguna cualificación que incluso la actividad les resulta difícil. No han construido un pensamiento específico frente a la labor, en tanto ésta se utiliza como distractor de un problema más grande que la consecución de los recursos para la reproducción, por ello es difícil

que ofrezcan sus nombres verdaderos o que estén dispuestos a dar información acerca de sus familias o aspectos más personales.

Independientemente de la categoría, la mayoría de los recolectores de café poseen niveles de educación muy bajos. Esta condición, como ya se aludió, la responsabilizan de tener que ocuparse en la recolección del café, de donde se desprende un análisis respecto a que consideran que de haber estudiado o capacitado más no tendrían que realizar esta actividad, en cambio habrían podido acceder a un trabajo.

En las épocas de cosecha, cuando la demanda de mano de obra es voluminosa los propietarios de las fincas despliegan diferentes mecanismos para su adquisición. El artilugio más común es su reclutamiento en las plazas de mercado de los pueblos, por medio de quienes en las haciendas se desempeñan como los *patrones de corte*, éstos son trabajadores que con sus familias habitan en los campamentos de la finca y son responsables de la supervisión y la disciplina en el trabajo alrededor de cada campamento. Son trabajadores que en otro momento fueron también recolectores de café, que en la nueva posición gozan de un poco más de estabilidad laboral, expresada en un contrato escrito, que consecuentemente les provee condiciones diferentes, el acceso a las prestaciones sociales, entre otras.

Quienes laboran como *patrones de corte*, generalmente son personas que se han desempeñado durante años como agregados o mayordomos de otras fincas, o recolectores de la región que se han ocupado durante varias cosechas en la finca, y que cuentan con la posibilidad de instalarse en un campamento y asumir las tareas propias de esta posición, tareas que consisten básicamente en *enganchar* los recolectores, transportarlos a la finca, vigilar la calidad de ejecución de la recolección y proveerles la alimentación.

Una vez en la finca si los recolectores están a gusto y responden a las exigencias de la labor, comunicadas a través de los *patrones de corte*, podrán quedarse hasta que termine la cosecha. Esta forma de agenciarlos ha llevado a los recolectores a desarrollar una percepción de indispensabilidad en la ejecución de la labor, desde la cual obtienen los elementos para representarse como fundamentales para los propietarios de fincas cafeteras.

“Mire, vaya usted un domingo a las plazas de mercado de los municipios cafeteros, allá va a ver a los patrones de corte gritando como locos cómo es el trabajo en la finca de cada uno. Ellos nos necesitan, por eso van a buscarnos y a ofrecernos un montón de cosas que al final uno sabe que no son verdad, la mejor comida,

un buen precio, la dormida pero es porque la cogida es la parte más necesaria del cultivo. Mire, usted puede tener mucha tierra y tener muy buena cosecha y si no tiene quién se la coja está llevao” (Recolector de 47 años, 26 en la recolección, diciembre de 2008).

El autoreconocimiento gestado desde la práctica de la recolección los ubica en una situación ambivalente, a veces liminal, se mueven entre sentirse imprescindibles y despreciados. A la luz del proceso de producción del café las manos recolectoras son insustituibles, son invisibles desde dimensiones externas a la participación en el ciclo productivo.

A pesar de que en el cafetal permanecen acompañados por otros recolectores y con ellos intercambian historias y experiencias, las condiciones específicas de independencia y responsabilidad individual exigidas por la actividad, son características que han infiltrado otros ámbitos de sus vidas. De tal forma los recolectores suelen ser muy solitarios, los “andariegos” suelen ser solteros y no desean compromisos.

Los jornaleros del café, piensan en los recolectores del grano como sujetos que han encontrado en esta actividad la oportunidad de ocupación que no han tenido en sus lugares de origen o en otros sectores de la economía. Es un espacio que por momentos les permite tener la esperanza de mejorar su vidas en todos los sentidos, aunque este mejoramiento nunca se produce, la actividad sigue siendo la promesa de mudar de posición social, aun en esos momentos de análisis profundos cuando los recolectores, después de contrastar los años que llevan en la recolección y lo que han logrado, ven difícil que el camino de la recolección les conduzca a ser algo diferente.

“La gente que se dedica a la recolección es gente que no ha conseguido trabajo en otra cosa y por eso les toca venir a hacer esto... yo no, yo sí tenía trabajo en la construcción pero me pareció que en esto me podía ir mejor y sobre todo que no tenía que cumplir horarios, uno entra a la hora que quiera y también se va cuando quiera. Piensa uno que si trabaja duro algún día podrá ser como el patrón [risas, pausa y mirada de interrogación]. Ah ¿por qué no?” (Recolector de 50 años, 28 en la recolección, junio de 2009).

En relación a la clase de trabajadores que son, aun cuando por la definición serían descritos como trabajadores rurales, para lo cual se asume como trabajo rural la realización de un conjunto de actividades agropecuarias desarrolladas en contacto con la naturaleza con el objetivo de obtener un producto a ser comercializado, los recolectores de la investigación no se

identifican plenamente en tal categoría, reconocen realizar sus labores en el espacio rural mas no lo rescatan como un referente importante en su autodefinición.

A pesar de ser jornaleros agrícolas, los recolectores no reconocen en esta condición un elemento que configure su propia representación. Se cree que responde a tal categoría quien permanece de manera constante en el contexto rural, y además de trabajar en él desarrolla allí otras dimensiones de su vida. Desde su perspectiva, no es trabajador agrícola quien “simplemente” en este contexto cumple con una actividad por la cual recibe un pago, para el caso recolectar café, y su vida se desenvuelve en el pueblo o la ciudad, siendo allí de hecho donde se consume el dinero obtenido.

En este caso resulta interesante, primero, que los recolectores requieran, para su autoreconocimiento como trabajadores rurales, la coincidencia entre el medio de desempeño laboral y el de hábitat, y segundo, que visualicen el pueblo como el territorio de su desarrollo pues en éste escasamente están los fines de semana, en tanto durante la semana permanecen en la finca en la que laboran. Esto, probablemente, responde a las condiciones en las que se desenvuelve su cotidianidad en la finca, todo el día en el cafetal y las tardes noches en el campamento y el “cuartel”, donde además de carecer de medios para distraerse las condiciones de bienestar y comodidad son exiguas, lo que imposibilita el desarrollo de un sentido de pertenencia y en consecuencia identificación con el lugar.

En su mayoría los recolectores se presentan como “miembros” de un mundo urbano para quienes la ligazón de afecto con la tierra o el campo es una condición atribuida vía herencia familiar, o adquirida muy superficialmente por su labor, sin llegar a concretarse como un elemento significativo en la configuración de su identidad. Con excepción de quienes se desempeñan como *recolectores de oficio*, quienes se autoreconocen como *hijos de la tierra*, la mayoría de los recolectores aluden al pueblo como referente de su identidad. En lo atinente a su adscripción a una clase social, reconocen su pertenencia a una misma a partir de la condición de pobreza, mas no por la coincidencia de actividad. De tal forma, es la condición económica y no la actividad ocupacional la que funciona para los sujetos como código de intercambio social. No reconocen en la recolección un mecanismo configurador de grupo, mas sí lo es el hecho de carecer de medios económicos y de trayectoria educativa.

El nomadismo, o la itinerancia, que identifica la práctica juega en la representación que los recolectores tienen de sí un papel fundamental. Según

su percepción no pertenecen a lugar alguno, “uno es del café, donde esté el grano maduro allá esta uno... bueno al menos los que nos hemos dedicado siempre a perseguir las cosechas, y uno se acostumbra así, por eso se va de todos lados aunque lo esté pasando bueno” (Recolector de 42 años, 26 en la recolección, octubre de 2009).

Es cotidiano para los recolectores traspasar fronteras, lo hacen de manera constante con las físicas o geográficas. Aunque no siempre les resulta agradable, para ellos es normal entrar a nuevos mundos alimenticios, a formas nuevas de ver el mundo y a maneras diferentes de pensar. Oscilan entre el grano maduro y el verde del mismo modo que entre las ganancias y las pérdidas culturales, así que esas fluctuaciones permean también su identidad.

En los cafetales casi nadie quiere dar su nombre, o al menos hacerlo no les es importante, el nombre de pila no interesa, no les dice nada, prefieren ser llamados por sus apodos, esos que han obtenido por algo que sí les significa y que los hace diferentes en cada lugar a razón de la experiencia que los origina.

“En una finca que yo estuve hace dos años, en la que me pasé toda la cosecha porque el patrón tenía una hija muy linda, me llamaban *leche* y no me pregunte por qué era, pues por ser yo tan mono, aunque ahora estoy más negro porque me he quemado mucho, pero en ese tiempo verdá que sí parecía yo como leche o mejor como mosco en leche porque todos los que estaban cuando yo llegué eran requemaos, aquí me llaman *el manchao*, porque en el cafetal me encontré una pepa y me puse a jugar con ella, a pelarla con la navaja y por la noche tenía yo las manos negras y eso no me salía con nada, por más que me restregué no se me quitó, como a los 4 días apenas empezó a limpiársese eso, y como no falta el que está pillando todo me pusieron *el manchao*” (Recolector de 33 años, 9 en la recolección, enero de 2009).

A pesar de asumir tranquilamente los apodos, ven de manera desagradable que en la relación laboral sus nombres no tengan importancia. En este sentido se desarrolla la contradicción entre la libertad que dicen se experimenta de que el patrón no sepa ni siquiera sus nombres y la indignación que sienten por ser tratados como “presos”, lo que para ellos se expresa en el hecho de que su existencia en las fincas se objetiva en el número con el que es identificado el costal (generalmente una estopa de fibra plástica), que se les entrega para acopiar el café recolectado en el “coco” en el cafetal.

“Ser recolector de café no le da a uno ninguna importancia, en esto uno ni siquiera nombre tiene, uno pa’ todo funciona como un número. Desde el principio el patrón de corte va a la plaza a buscar ocho, diez o el número de recolectores que necesita, luego llega al campamento e informa el número de recolectores que hay en total para la semana. Ya en el trabajo lo que importa es el número de kilos que uno recoge, pero lo más es el número de granos que uno deja caer o el número de maduros que le quedaron en el palo, y el nombre de uno es el número con el que le marcan la estopa en la que echa el café. Por ejemplo, yo acá me llamo *trece*, pero no me importa porque yo no creo en agüeros, antes cuando me llamo así es que más bien me va” (Recolector de 58 años, 25 en la recolección, enero de 2009).

La ambivalencia aparece como un elemento central en la representación de la actividad, por parte de los recolectores, y principalmente en la construcción de su ser en relación a ella. La presentan como una labor muy importante dentro del contexto de la producción del café, pero paradójicamente muy mal remunerada y con muy poco reconocimiento, tanto en el contexto general de la producción de café como por la sociedad en general.

En la representación de sí en la actividad, el tiempo, el cuerpo y el espacio aparecen como elementos clave para los recolectores, el cuerpo es el que posee la fuerza y el *aguante* para la actividad. En él se hace evidente la exigencia de la labor, por eso es necesario alimentarlo bien y proveerle un buen descanso después de cada jornada. Pero no todo el cuerpo es igual de importante, todo trabajo demanda recursos corporales diferentes, en el caso de la recolección se necesita una condición física especial pero principalmente son las manos y los pies los que mayor relevancia cobran para desempeñarse en este trabajo. Es fundamental tenerlos o haber encontrado cómo suplirlos eficientemente si se carece de ellos (en campo se conoció un hábil recolector cuya mano izquierda era un garfio), de lo contrario no podrían estar en este contexto.

Respecto al cuerpo en el contexto del trabajo, Landa & Marengo relacionando el concepto energía con el de cuerpo-trabajo han propuesto que:

“a) todo acto de trabajo implica circulación de energía, sino, no es tal. Todo *quantum* de energía corporal puede ser potencialmente desplegado como acto laboral. Por lo tanto, referir al concepto de cuerpo-trabajo implica pensar determinadas relaciones en las cuales los cuerpos establecen acciones específicas, en el marco de disposiciones sociales, estructuras de poder (asimétricas-diferenciales) y procesos de objetivación;

b) El trabajo es caracterizado como la instancia (acontecimiento) y el lugar (*locus*) en la/el cual se comprometen las propiedades de los cuerpos humanos para producir valores sociales en su acción performativa concreta. Valor no como ‘medida’ objetiva sino como intensidad objetivada o potencia objetivable. Hay circulación de ‘valor’ allí donde una determinada ‘intensidad’ actualizada en el hacer de un cuerpo (individual o colectivo), se constituye en objeto de disputa en la dinámica de cierta economía del poder. En consecuencia, la variable cuerpo-trabajo, su valor, su potencia y su agenciamiento en torno a determinados recorridos del poder, sólo emerge en el marco de relaciones sociales específicas, que se constituyen en un entramado reticular de escenarios, guiones, personajes que circunscriben el devenir de toda práctica socio-productiva” (2010: 4).

Para las faenas de la recolección los recolectores disponen especialmente sus cuerpos, si está lloviendo salen a los cafetales ataviados de grandes y gruesos plásticos que los protegen, si el calor predomina usan cachuchas para que el sol no martirice sus cabezas. De la misma forma se protegen cotidianamente de las picaduras de moscos, gusanos o culebras, que los incapacitarían para la labor, usando atuendos de mangas largas, protectores para la cara y el cuello, guantes para las manos y botas plásticas.

“Uno conoce ahí mismo al recolector con experiencia, no es sino velo llegar al cafetal, el que llega de zapatos fiesteros o de camisas sin mangas es la primera vez que va a coger, aunque hay muchos a los que no les gusta andar llenos de chiros pero la experiencia le va diciendo a uno qué es lo que necesita, bueno eso también depende de las condiciones del cafetal, pero en general uno tiene que cuidarse mucho más uno que no tiene servicio de salud” (Recolector de 38 años, 20 en la recolección, septiembre de 2008).

El tiempo también tiene un peso específico para los recolectores del grano. Una relación ambivalente. Desde la manera en que ejecutan y se mueven en la actividad se crean la falsa ilusión de estar por encima de él, de ser sus dueños, según su percepción trabajan cuando y hasta que lo quieren, pero en tanto el dinero que reciben depende de la cantidad de café recolectado, el tiempo es su máximo verdugo. Aunque la mayoría no tiene reloj, el radio que llevan, pegado a ellos como su propia respiración, les informa sobre los tiempos de inicio y finalización de labores así como el de los alimentos, los que consumen velozmente y de nuevo al corte.

Para los recolectores de la investigación, es decir los migratorios, el tiempo de dedicación a la actividad empieza, casi siempre, los domingos. Muy poco después del escaso desayuno que puedan tomar en las cafeterías o restaurantes de las plazas de mercado, se aprestan en ellas a esperar la voz de los *patrones de corte* conocidos o las mejores ofertas que les conducirán a las fincas donde una posibilidad es que pasen sólo esa noche, si las condiciones de alojamiento, alimentación o topografía de la finca no les satisface, pero que lo más seguro es que sea su morada durante toda la semana, aun cuando las expectativas en torno a las condiciones de lo mencionado no se vean colmadas, según ellos es muy difícil que *“los ricos se preocupen por cómo están los pobres”*.

Como ya se manifestó, la labor comienza a las seis o seis y treinta de la mañana, esto depende mucho del clima, de la hora en la que hubiesen terminado el día anterior, pero sobre todo de las condiciones del lote donde deban iniciar recolectando. A las ocho de la mañana toman el desayuno en los campamentos o les es llevado hasta el “tajo” y media hora después, como máximo, retoman el trabajo hasta las doce del día, hora del almuerzo. Entre las doce y treinta o la una de la tarde regresan al cafetal, y terminan la tarde generalmente a las cuatro y treinta o un poco más tarde si la cantidad de café lo amerita.

La gran mayoría de recolectores andariegos gusta trabajar como “kiliadores”, esto significa que les pagan por lo que recolecten, por ello vuelven al corte inmediatamente consumen los alimentos, los minutos por fuera del surco son granos no recolectados y consecuentemente dinero perdido.

Durante toda la semana se desempeñan así, una vez terminada la jornada de cada día y pesado el café algunos se bañan para consumir la comida entre las cinco y las seis de la tarde, luego se entretienen charlando o jugando cartas o parqués. Si en el campamento es permitido ven televisión, hasta las nueve de la noche, hora en la que les ofrecen tinto antes de desplazarse a los “cuarteles” y deben apagar las luces. De esta forma se da el manejo del tiempo de corta duración, el presente, el día a día. En relación al tiempo del mañana, el tiempo que configura el futuro, los recolectores no son muy sensibles, en realidad éste no existe, nunca saben qué pasará con ellos en un año o dos o más y no les interesa realmente. Existen en el día a día, no les preocupa el futuro.

Consecuentes con esta concepción del tiempo, el descanso de los fines de semana, los recolectores en general, pero principalmente los de oficio lo destinan a beber en las cantinas y hacerse acompañar de las mujeres que en ellas trabajan. Cuando el futuro no existe ahorrar no es importante. Este

pensamiento ha servido a la configuración de una representación en torno a los recolectores de café, por parte de otros actores del contexto de la producción, como irresponsables, borrachos y despreocupados.

El espacio, otro elemento importante en las representaciones en torno a la labor, se objetiva principalmente en el cafetal y en el “cuartel”. El primero, es el que experimentan durante la mayor parte de la jornada laboral, por eso la topografía de la finca, el clima, el tipo y estado del cafetal juegan un papel importante en la disponibilidad del trabajador para la labor. De la misma forma significa el cuartel, éste es el espacio que debe posibilitar el descanso y la recuperación de fuerzas de los recolectores para su desempeño en la jornada de trabajo siguiente.

Aunque el precio pagado por kilo de café recolectado es una variable de mucho peso en la elección, hecha por los recolectores, de las fincas para trabajar, la recurrencia y el énfasis de los sujetos de la investigación en torno a la calidad del espacio de alojamiento, especialmente de los “cuarteles”, posibilita pensar que en la jerarquía establecida por los recolectores esta variable se ubica por encima de la del precio. Pese a esto, y a la importancia de un buen descanso del recolector para que realice mejor su trabajo, en la mayoría de las fincas cafeteras en las que se requiere personal migratorio para la recolección, el estado de los “cuarteles” es deplorable. Por eso, aun cuando un recolector acepta ser “enganchado” por un *patrón de corte*, este enganche sólo estará seguro después de que el recolector haya conocido el campamento, especialmente el “cuartel”.

La disposición y el estado de los cuarteles son, según los recolectores, las señales básicas de lo que será su vida allí. Estos espacios, por lo general, se encuentran ubicados muy cerca de la casa del *patrón de corte*. En conjunto configuran lo que se denomina el campamento. Tienen una extensión que varía en relación con el tamaño de la finca, en las grandes (más de 20 hectáreas) las dimensiones oscilan entre los treinta y cinco y cincuenta metros cuadrados, con una o dos aberturas enrejadas en la pared, parcamente pintados y con piso de cemento sobre el que se acomoda una cantidad importante de camarotes dejando entre ellos escasamente el espacio para poner los pies al levantarse.

Los colchones, bastante delgados, suelen ser un conjunto de estopas de fibra sintética acomodadas horizontalmente dentro de otra estopa o envueltas en un plástico grande. Se carece de almohada. En muchas haciendas el dormitorio es al mismo tiempo el secadero de ropa. Haciendo uso de un gran ingenio, los recolectores extienden cuerdas de cabuya entre las barandas de los camarotes en las que cuelgan a secar su ropa interior medio lavada o su ropa de trabajo mojada por la lluvia.

Al lado de los camarotes se acumulan los morrales en los que guardan sus pocas pero “valiosas” pertenencias y la ropa sucia cuando está seca. Así, el ambiente del cuartel se torna frío, húmedo y mohoso. La ventilación con la que cuentan, generalmente poca, no alcanza a airear lo suficiente el espacio para que el descanso nocturno, después de una larga jornada de trabajo, sea apropiado.

“Los patrones quieren que uno haga la tarea muy bien, pero eso es difícil cuando uno está mal. Por ejemplo hay noches en las que uno no puede ni pegar el ojo por los zancudos o las pulgas... o porque las varillas del camarote se le entierran en las costillas, y entonces uno pasa mariaio todo el día en el cafetal, como dormido y lo peor pensando que por la noche vuelve y le toca la misma cosa, porque las pulgas no se van, aunque uno esté flaquito ellas encuentran de donde chupar” (Recolector de 28 años, 12 en la recolección, octubre de 2009).

De manera paradójica, el cafetal, pensado como el espacio que más debería constreñir al recolector por ser el directo de su desempeño, es el que le permite una representación positiva y de libertad de la actividad, mientras el espacio destinado al descanso es el que más le oprime y le aburre, incluso hasta incentivar cotidianamente el abandono de la labor.

La pobreza en la representación de la recolección

La pobreza ha sido definida de múltiples maneras. En un sentido amplio Altimir la definió como:

“Un síndrome situacional en el que se asocian el infraconsumo, la desnutrición, las precarias condiciones de vivienda, los bajos niveles educacionales, las malas condiciones sanitarias, una inserción inestable en el aparato productivo, actitudes de desaliento y anomia, poca participación en los mecanismos de integración social, y quizá la adscripción a una escala particular de valores, diferenciada en alguna medida de la del resto de la sociedad” (1979: 1).

Para el Banco Mundial (2000), la pobreza no consiste sólo en la carencia de ingresos para suplir las necesidades básicas de consumo sino que vincula también inadecuadas condiciones de salud y educación, falta de acceso a los servicios básicos, exclusión social, vulnerabilidad y baja autoestima.

Mientras Sen (2000), desde una visión que supera las convencionales referencias a la privación de bienes e insatisfacción de necesidades, refiere la pobreza como la falta de capacidades básicas que le permitan a un individuo insertarse en la sociedad a través del ejercicio de su voluntad.

De manera objetiva, cualquiera de las definiciones anteriores da cuenta de la condición de los recolectores de café. Ellos, además de moverse en situaciones de infraconsumo, hambre y desnutrición, carecen de la más mínima seguridad en cuanto a la atención de su salud y su educación.

Si bien, como supra se ha expresado, la investigación no buscaba dar cuenta de la configuración del sentido de pobreza, a través del acercamiento a las representaciones de los recolectores frente a la actividad que realizan, se accedió a una serie de valoraciones en torno a la pobreza como factor causal del desempeño en la actividad. Los recolectores señalan la pobreza como una situación que favorece el desempeño en actividades con poca valoración social. Para ellos la carencia de todo les ha puesto en esta posición. *“Cuando uno no tiene estudio, cuando uno no es de familia reconocida, cuando uno no tiene dinero lo único que tiene es recoger café”* (Recolector de 54 años, 32 en la recolección, abril de 2009).

La pobreza, entendida por los recolectores como la falta de mecanismos (educación, prestigio o dinero) para ocupar o lograr puestos o posiciones importantes, es para ellos el principal agente causal de desempeñarse en esta actividad. Plantean que a razón de no haber nacido en el seno de una familia “pudiente” debieron sacrificar el estudio, y consecuentemente no pudieron obtener conocimientos para ocuparse en “algo” diferente. En la percepción de los recolectores, en un verdadero trabajo toda vez que para ellos la recolección de café no lo es.

“Mire, si uno nace pobre le toca dedicarse a hacer esto, en las tareas del campo es en las únicas que uno no necesita haber estudiado, ni tener roscas, cosas que los pobres nunca tenemos, ni estudio ni roscas y lo malo es que uno no gana como para dejar este oficio algún día, o sea que siempre sigue siendo pobre y los hijos también porque con qué les va uno a dar estudio para que hagan otra cosa. Sí ve, el que nace pobre siempre será pobre y tendrá trabajo de pobre” (Recolector de 25 años, 10 en la recolección, julio de 2009).

El origen pobre conlleva la reproducción de la pobreza. No exclusivamente por el hecho de ser pobre, sino debido a que por ello no se tiene la posibilidad

de destinar los recursos necesarios para la educación y lógicamente la adquisición de conocimientos que habilita a los sujetos para ubicarse en una labor con una valoración social positiva, y por lo tanto con un mayor reconocimiento económico que haga posible su emancipación de la condición.

La estimación de la pobreza como agente genético de la ocupación en esta actividad no se circunscribe sólo a eso, los recolectores consideran que ocuparse como tales los sume mucho más en la dinámica de este estado. En tanto los salarios obtenidos son bajos, y por la estacionalidad de la labor suelen estar cesantes durante un buen periodo del año, disponen de muy escasos recursos para subsistir y con reducidas posibilidades de mantener el dinero que requiere la educación, por lo cual los hijos de los recolectores, así como ellos, no podrán ir a la escuela.

“El que nace pobre se queda pobre, porque la pobreza no permite nada. Eso que dicen que querer es poder no sirve pa’l pobre, porque fíjese yo quería estudiar pero no pude y también quiero que mis hijos... bueno los que tenga porque todavía no tengo, no sean pobres, pero cómo si van a ser hijos de un pobre, tal vez ganándome la lotería, pero lo malo es que los pobres no podemos tampoco comprar lotería si acaso hacer el chance y con eso no se sale de pobre” (Recolector de 38 años, 5 en la recolección, octubre de 2009).

La pobreza no sólo es relacionada con la falta de recursos monetarios, ellos la refieren como todas las carencias a las que están sometidos. No les es fácil acceder a los servicios de salud, tampoco a los de educación. En cuestiones de trabajo deben ocuparse en las tareas que casi nadie quiere hacer voluntariamente sino porque les “toca” y soportar condiciones que agudizan su sentido de incapacidad para elevarse por encima de su situación. Como recolectores migratorios, durante los tiempos de cosecha deben habitar en espacios precarios, espacios reducidos sin ningún tipo de comodidad y con condiciones de higiene y salubridad muy deficientes. Espacios pobres para trabajadores pobres.

Se carece de trato justo en términos de salario, toda vez que quienes los emplean son quienes determinan el precio a pagar por su trabajo, el que deben hacer sin ningún tipo de protección social. No se cuenta con un contrato de trabajo firmado y por lo tanto tampoco puede aspirarse, en la labor como recolector, a obtener una pensión.

La relación establecida por los recolectores entre la actividad que desempeñan y la pobreza, estructura a su vez el conjunto de relaciones sociales que

se operan entre los diferentes actores del proceso de producción. Con respecto a los propietarios y a los administradores de las fincas, manejan un resentimiento que objetivan generalmente en comportamientos cotidianos como la realización de una recolección mal hecha, es decir por fuera de las orientaciones recibidas para ello. También, en historias en las que los superiores siempre son malos o les va mal, o, y esto lo más extremo, tratando de dañar las máquinas para el beneficio del café, esto último generalmente a través de intencionalmente depositar, entre el café recolectado, piedras, puntillas o botones metálicos.

En relación a los *patrones de corte*, los identifican como de su propia “clase”, expresan que son también gente pobre que tuvieron la oportunidad de dejar la recolección y volverse patrones, pero patrones diferentes de los ricachones de los que reciben las órdenes y por lo que se ven obligados a tratarlos mal.

“A uno a veces le da mucha rabia con los patrones de corte, y hay hasta quienes les ofrecen machete cada rato, pero en verdad uno se pone a pensar y se da cuenta que es gente que ayer dejó de ser recolector y ya hoy anda haciéndole a otros lo que ayer le hacían a él, pero que no es por gusto sino porque le toca. Esa gente es gente pobre lo mismo que uno, les toca es seguir las órdenes que les dan y ellos tienen que hacerlo para no quedarse sin trabajo”
(Recolector de 39 años, 7 en la recolección, noviembre de 2009).

Para el contexto de la recolección de café, es posible hablar de una pobreza como carencia general de capacidades. Los recolectores no son libres de ejercer elecciones respecto a su destino inmediato ni mediato, por el contrario, las condiciones desventajosas que caracterizan su trabajo favorecen el fortalecimiento de la economía agrícola formal, y consecuentemente la agudización de sus desigualdades en materia económica y social. Eso explica el hecho de que mientras un sector de la población que participa de la producción de café se ubica en la posición más importante de la pirámide socioeconómica, otra muy abultada población permanezca en el peldaño inferior de la misma.

Si bien los recolectores declaran un bienestar subjetivo con la labor, éste puede estar asociado a la realidad objetiva de carencia de alternativas, de tal modo que desde la estrategia de hacer de la necesidad virtud buscan auto otorgarse el valor y el reconocimiento que la sociedad no les ofrece.

Reflexiones finales

En Colombia el café reviste una gran importancia de carácter social en tanto demanda mucha mano de obra, concentrándose ésta en la recolección del grano, actividad para la cual aun cuando se han desarrollado medios mecánicos para su ejecución, en el país, la geografía en la que se concentra el cultivo no ha posibilitado prescindir de los brazos humanos.

Por tanto, la población que cosecha el café no sólo debe ser mirada con respeto y consideración, a razón del aporte que con sus manos hace a la economía y al reconocimiento del país, sino que desde su condición de sujetos sociales amerita ser conocida en toda la extensión de lo que es.

El acercamiento a las representaciones sociales de esta población, esto es, a las nociones, imágenes, interpretaciones y mentalidades que han creado respecto al mundo cercano y al lejano, al interno y al externo, y de las cuales obtienen su capacidad de agencia social, posibilita la comprensión de las dinámicas engendradas en el contexto de producción del café en sus dimensiones económicas y sociales. Estas dinámicas, si bien están delimitadas por una relación productiva, vinculan la totalidad de los universos reales y simbólicos de los sujetos.

En lo concerniente a las representaciones sociales configuradas por los recolectores en torno a sí mismos y a la actividad en la que se ocupan, se concluye que:

A razón de la constante movilidad espacial, obligada por el tipo de actividad a la que se dedican, la representación sobre sí mismos tiene como elemento central el desarraigo. Los recolectores se representan como *"judíos errantes"*, condición expresada básicamente en frases como *"no soy de aquí ni de allá"* o en las respuestas ofrecidas a la pregunta en relación a de dónde son (refiriéndose ésta al lugar del que son oriundos), consistentes en enunciados como *"de todas partes"*, *"un andariego nunca es de alguna parte"* o *"de donde esté la cosecha"*.

En la recolección de café las condiciones de precariedad generalizada del trabajo rural se intensifican. Si bien las cosechas posibilitan el desempeño constante de los trabajadores eventuales durante un buen tiempo, éstos están enfrentados continuamente a la inestabilidad. No saben si su trabajo va a gustar a su empleador, si la cantidad de cosecha será la suficiente. Por lo tanto, su permanencia en una finca siempre está atravesada por un conjunto de factores sobre los cuales no puede operar. Aun cuando tengan trabajo durante toda la cosecha, terminada ésta los recolectores deberán enfrentarse

a la búsqueda de otras actividades, ocurriendo la mayoría de las veces que entre la finalización de una actividad y el inicio de otra pueden pasar semanas, incluso meses, de tal manera que el desempleo es el correlato del trabajo estacional. Además, se deben hacer grandes esfuerzos para sobrevivir durante el tiempo de no trabajo con lo ganado durante la época de cosecha.

La recolección se representa como una actividad que no ofrece ninguna garantía a quienes a ella se dedican. A pesar de que deben seguir órdenes las relaciones laborales son poco claras. Los “contratos” o mejor los compromisos de trabajo operan de manera informal, el solo hecho de aceptar irse a la finca en el carro *jeep* que suele transportarlos se configura en el sello de la relación laboral, una relación cuyo único sujeto real es el recolector, pues aunque el propietario de la finca es quien paga los servicios, la ligazón contractual se da a través de los *patrones de corte*, quienes no tienen una autoridad sustantiva en la finca, por lo tanto no responden por nada de lo relacionado con los trabajadores a su cargo.

La actividad no les permite posicionarse como sujetos ni desde el punto de vista económico y mucho menos desde el social. Asumen una relación de subordinación objetivada entre otros en el simple hecho de ser el propietario de la finca, y no ellos, quien determina cuánto será el precio del kilo de café recolectado, suma resultante de los cálculos ejecutados por el propietario en relación con la cantidad de café, la condición de los “tajos”, la disponibilidad de mano de obra y el promedio de pago de las fincas vecinas.

La funcionalidad de los recolectores a los intereses de los grandes productores cafeteros no les garantiza siquiera el disfrute de los derechos básicos. Realizan el trabajo fundamentalmente por necesidades económicas, pero una vez en él vinculan unas necesidades diferentes derivadas de los requerimientos de la actividad, buen trato, alojamiento digno y decente, posibilidades de recreación o distracción, de las cuales depende muchas veces su permanencia en las haciendas e incluso en la actividad misma, pero que casi nunca son colmadas satisfactoriamente por los propietarios de las fincas. Sin embargo, las necesidades monetarias operan como el dispositivo que predispone a los sujetos a la relación social subalterna.

El eje central que configura su representación de la actividad, la alinea el pensamiento en torno a que es una oportunidad de subsistencia, aunque no un mecanismo real para la superación de un estado de vida carente, en medio de un contexto que priva de oportunidades a quienes no logran alcanzar los parámetros impuestos por el sistema, que haga posible acceder cómodamente a la satisfacción de las necesidades biológicas y los requerimientos sociales.

Desde la manera como los recolectores representan su actividad y su desempeño, en ella es difícil avizorar una organización entre ellos que lleve a conseguir una mejora sentida en su situación económica y de trabajo. Esto es agravado por la ausencia, en la representación de sí, de una autoidentificación como trabajadores rurales, pues al hecho de no tener grupo, desde el cual formar una masa crítica que luche por sus derechos, se suma el que a razón de su reconocimiento como pueblerinos o, peor aún, como ciudadanos, quienes tienen sus familias paternas en las ciudades son orientados en sus consumos por esquemas urbanos, para los cuales sus salarios agrícolas son insuficientes resultando ello en el aumento de su empobrecimiento.

No percibir la actividad como un trabajo en el estricto sentido, dificulta su organización para luchar por mejores condiciones, pues quienes se asumen dentro de ella, los recolectores de oficio principalmente, han resignado su situación y el resto de la población espera salir de la actividad prontamente, aun cuando esto nunca se concrete, esto hace imposible modificar el escenario hacia uno que les lleve a lograr una protección legal que mínimamente les garantice una vejez digna.

A razón del enlace que los recolectores de café hacen de su labor con la pobreza, puede considerarse que la medición de la situación de pobreza puede darse a través de mecanismos indirectos. En tanto la pobreza es una realidad que permea todos los ámbitos del desarrollo de vida de los seres humanos, conocer acerca de ella, de su configuración, su significación y sentido así como las estrategias que, consecuentes con su lectura, se implementan para superarla o al menos para que no aumente, no necesariamente requiere de propuestas donde el tema se configure como el objeto directo del estudio. A través del conocimiento de otros aspectos relacionados con los sujetos sociales que se perciben pobres, bien como auto o como hetero percepción se contribuye a un entendimiento de la condición de pobreza como realidad humana.

En la caficultura un gran número de productores son pobres, sin embargo los niveles de carencia alcanzados por quienes se desempeñan como recolectores del grano no sólo son abismales, sino que siguen siendo desconocidos en el contexto de las políticas de desarrollo del sector, tanto por parte de las instituciones estatales como por las mismas empresas privadas.

Por lo tanto, se visualiza como indispensable un conocimiento profundo de la real situación de pobreza de esta población, tanto con el ánimo de comprenderla como con la intención de establecer su peso en el bienestar general de la población rural y urbana. De esta última en la medida en que aunque se desempeñan en el espacio rural, gran parte de la población de recolectores es de origen y habitación urbana.

Es inobjetable que la representación de la actividad está marcada por el recurrente pensamiento en torno a que la pobreza es la causa central de poseer poca o ninguna formación educativa, lo que va intrínsecamente ligado a la obligación de desempeñarse en oficios socialmente devaluados y, consecuentemente, estar sometido a malos tratos y a una dominación que suponen marcará siempre su existencia.

Si bien, los aspectos relacionados con la superación de la pobreza de la población colombiana deben obedecer a unas políticas serias gestadas principalmente desde el gobierno y ejecutadas sinérgicamente por todos los actores institucionalizados en el país, en el caso de los recolectores de café, como factor primordial dentro del engranaje de la producción del grano, la Federación Nacional de Cafeteros no puede permanecer al margen, no es política ni éticamente posible que siga desentendida de un asunto que es de su competencia y responsabilidad. Sobre todo, cuando orgullosamente “vende” al mundo la idea de un escenario socialmente justo en la producción del café en el país. Mientras los recolectores de café continúen expuestos a tan duras condiciones de vida, lo *suave* del café colombiano sólo será una característica de la taza que disfruten los consumidores extranjeros.

Es prioritario el conocimiento del sentido atribuido por los recolectores de café y en general por los asalariados agrícolas a sus actividades y a su propio ser en este contexto para poder contribuir a mejorar sus condiciones, de manera tal que no tengan que seguir, de sol a sol, persiguiendo cafetales de granos rojos para solo conseguir con que tomarse un tinto negro.

Bibliografía

- ALTIMIR, Óscar. (1979). *La dimensión de la pobreza en América Latina*. Cuadernos de la CEPAL, 27. Santiago, Chile.
- ARAYA, Sandra. (2002). “Las representaciones sociales. Ejes teóricos para su discusión”. *Cuadernos de Ciencias Sociales*, 127. En: <http://flacso.or.cr/fileadmin/documentos/FLACSO/Cuaderno127.pdf> [Julio de 2010].
- BANCO MUNDIAL. (2000). *Informe sobre el desarrollo mundial 2000/2001. Lucha contra la pobreza (panorama general)*. Washington, D.C.: Banco Mundial.
- BERGER, Peter & LUCKMANN, Thomas. (1991). *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BERGQUIST, Charles. (1988). *Los Trabajadores en la Historia Latinoamericana. Estudio Comparativo de Argentina, Chile, Colombia y Venezuela*. Bogotá: Ed. Siglo XXI.
- DUQUE, Hernando; RESTREPO, Marino & VELÁSQUEZ, Ricardo. (2000). *Estudios sobre cosecha de café y mano de obra en Palestina, Caldas*. CENICAFÉ.

- FEDER, Ernest. (1980). "Capital monopólico y empleo agrícola en el tercer mundo". En: *Cuadernos políticos*, 26. México.
- GÓMEZ, Sergio & KLEIN, Emilio. (1993). *Los pobres del Campo: el trabajador eventual*. Santiago: FLACSO – PREALC.
- GUBER, Rosana. (2004). *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Paidós.
- JODELET, Denise. (1986). "La representación social: fenómeno, concepto y teoría". En: MOSCOVICI, S. (Ed.). *Psicología social II*. Barcelona: Paidós.
- JUNGUITO, Roberto & PIZANO, Diego. (1991). "El café y el desarrollo histórico de la economía colombiana". En: JUNGUITO, Roberto & PIZANO, Diego (Coords.). *Producción de café en Colombia*. Bogotá. FEDESARROLLO y FEDERACAFÉ.
- LANDA, María Inés & MARENGO, Leonardo. (2010). "La metabolización de los cuerpos en el capitalismo avanzado". En: www.unse.edu.ar/trabajosociedad [Julio 25 de 2010].
- LARA, Sara María. (2001). "Análisis del mercado de trabajo rural en México en un contexto de flexibilización". En: GIARRACA, Norma (Comp.). *Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: CLACSO.
- PALACIOS, Marcos. (1979). *El café en Colombia (1850-1970). Una historia económica, social y política*. Bogotá: Ed. Presencia Ltda.
- RAMÍREZ, Juan Carlos. (1983). "Los andariegos. Una relación socioeconómica". En: *Cuadernos de agroindustria y economía rural*, 11. Segundo semestre.
- SEN, Amartya. (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Editorial Planeta.
- TOBASURA, Isaías. (1994). "Algunos factores que afectan la oferta y la demanda de fuerza de trabajo rural en la zona cafetera del departamento de Caldas". En: *Agronomía*, No. 6, Vol. 3. Manizales: Universidad de Caldas.
- TOBASURA, Isaías & RESTREPO, Luis Fernando. (1991). "Características socioeconómicas del recolector temporal de café en el municipio de Chinchiná, Caldas". En: *Agronomía*, No. 4, Vol. 1. Manizales: Universidad de Caldas.
- VERGARA, María del Carmen. (2008). "La naturaleza de las representaciones sociales": En: *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, No. 6, Vol. 1. Manizales: Universidad de Manizales.